

CADUCIDAD Y PERENNIDAD

II.

Lic. José González Campo.
Guatemala.

En la primera parte de este escrito, aparecido en "ECA" de Setiembre pasado, se discurría, con gran erudición, sobre los caracteres y móviles que impulsan a actuar al gobernante, y constituyía una excelente lección de Filosofía de la Política.

En esta segunda, se expone su aplicación a la casuística guatemalteca, reflejada en los caminos seguidos por los hombres públicos de Guatemala.

Siguiendo la norma evangélica, es provechoso e interesante investigar la pasión que hizo soñar a los hombres con la investidura del poder, el ideal que los arrastró hacia las veleidades de la política, —si es que tuvieron ideales;— el pensamiento que guló sus pasos para presentarse ante el pueblo como el brazo fuerte, apto para empuñar el timón del Estado hacia el puerto ansiado de la concordia y la prosperidad.

La presidencia de la república ha sido algunas veces regalo del destino, premio mayor de la lotería de la casualidad. Otras veces, en cambio, ha sido trofeo ganado, con buenas o malas artes, después de rudos combates y de compases de espera; y, por último, botín de malhechores repartido entre una cuadrilla de advenedizos.

Fracaso del Lic. Lainfiesta.

En la última década del siglo pasado, llegó a la presidencia de la República el General José María Reina Barrios. Es posible que por su grado militar y su parentesco con el otro Barrios haya abrigado alguna vez el deseo de escalar las alturas del poder, porque también en la república suelen presentarse hechizas dinastías. El General Manuel Lisandro Barillas había llegado al final de su período despreciado por liberales y conservadores a causa de sus veleidades políticas y de su manifiesta incapacidad. Como ocurre siempre bajo la administración de gobernantes ineptos, la Hacienda Pública quedaba en un estado muy cercano al desastre. Barillas no salió limpio del peculado. Don Antonio Batres Jáuregui, escritor y político de la época, asegura que salió enriquecido con más de ocho millones de dólares y se le imputa, entre otros, el asesinato del General Cayetano Sánchez, y el atentado frustrado contra la vida del periodista Manuel Arzú Saborío¹.

En esos días ya lejanos, como ahora y como siempre, la maquinaria oficial estaba en marcha. Ordenes a toda la República para el triunfo de la candidatura del Lic. Francisco Lainfiesta habían sido dadas; pero un pequeño grupo del barrismo se jugó la última carta. Se deslizó

a los oídos del presidente, en forma de amistosa admonición, la maquilavélica pregunta: "¿Qué garantías le ha ofrecido el Lic. Lainfiesta? Y si no se las ha dado, repare en el grave error que está cometiendo. A Lainfiesta no le atacan los enemigos de Ud. y a la vuelta de unos meses peligrarán tanto su persona como sus bienes". Sin mucho pensarlo, Barillas llamó al candidato y, a su vez, le hizo la pregunta: "¿Qué garantías me ofrece?". Lainfiesta le respondió tajante: "Las que le otorgue la ley". En esa ocasión no habló el político sino el hombre del Derecho, en una rectilínea actitud que le honra. Los amigos de Reina Barrios insinuaron su nombre como el hombre llamado a ocupar la primera magistratura, no obstante que Barillas le había hecho apresar en el cuartel de San Francisco. El Lic. Batres Jáuregui, quien relata este hecho, dice que cuando fue a visitarle en la prisión, Reina le dijo: "Cosas políticas; el General Barillas y algunos de sus satélites, temen que yo sea óbice para la reelección".² Pero la política tiene sus veleidades. Lo que no prometió Lainfiesta, debe de haberlo prometido Reina Barrios y nuevas órdenes se impartieron. La consigna fue echar pié atrás; pero cuando ya se ha caminado mucho no es tan fácil lograrlo, como si se tratara de un simple cambio de nombre. Al final de los comicios el Lic. Lainfiesta resultó con más votos que el candidato de última hora. Como el gobierno no se deja derrotar fácilmente, el revés fue enderezado por la Representación Nacional y el escrutinio resultó en favor de Reina Barrios, confirmando el viejo refrán de que quien escruta elige.

El General Reina Barrios.

Además de lo tardío de la decisión, el fracaso hay que atribuirlo a que el General Barillas había hecho una buena elección para su sustituto en el distinguido hombre público Lic. Francisco Lainfiesta, abogado, poeta, diplomático y periodista, que había sido declarado Benemérito de la Patria en las cinco repúblicas del Istmo, proclamación que no tiene el tinte de servilismo de otras, hechas en favor de torvos

(1) Antonio Batres Jáuregui. "La América Central ante la Historia".

(2) Antonio Batres Jáuregui. Obra citada.

dictadores en el poder. Se había pensado también en el Dr. Lorenzo Montúfar; pero mereció el repudio de la opinión pública por su carácter sectario y apasionado. La candidatura de Lainfiesta, por el contrario, fue acogida sin protestas.

La oposición atacó con saña la candidatura de Reina Barrios. Se le enrostraron actos delictuosos en el desempeño de los cargos de Jefe del Cuartel de Artillería y el de Jefe Político del Departamento de Santa Rosa, bajo el gobierno de J. Rufino Barrios, y su deslucida actuación como Diputado en las legislaturas de 1886 y 1887, calificándole de ignorante, presurrido, altivo y tiránico. La siguiente cuarteta es una muestra de la opinión que se tenía de sus capacidades:

Reina no tienes talento,
porque Dios no te lo dió;
por todo se va a la feria,
pero por talento no.

A despecho de los temores que suscitó su candidatura, Reina Barrios fue un gobernante culto y progresista. Si cuando tocaba a fin su período no hubiera incurrido en el error de su prolongación, bajo la fórmula de prórroga de dos años que malos tinterillos le aconsejaron, habría pasado a la historia con inusitada limpieza. El Lic. y Coronel Próspero Morales tenía la promesa de la sucesión y contaba con un fuerte y numeroso partido, en el que figuraban hombres de talento y de prestigio. Ante la desacertada prórroga surgió la oposición, la Asamblea fue disuelta y se declaró la nulidad de todos sus actos. Mediante la dictadura se pretendió, como siempre, aplastar la opinión de los defensores de la ley.

Con base suficiente en los hechos, podemos deducir que Reina Barrios llegó al poder con la recta intención de dar un mentis a todos los que tan rudamente le habían adversado, limpiar con una honrada actuación sus errores y debilidades pasadas y realizar en nuestra capital algunas de las obras que había admirado en sus viajes por el exterior.

Hay un curioso paralelismo entre el gobierno de los Generales Reina Barrios e Idígoras Fuentes; paralelismo, no en similitudes sino en diferencias. A Reina Barrios le adversaron, porque creían que iba a ser otro Rufino Barrios; a Idígoras le siguieron, porque muchos creían que iba a ser otro Jorge Ubico. Contra tales creencias, Reina Barrios, en vez de dar palo dió libertades. Contra lo que se deseaba, Idígoras en vez de poner orden, fomentó la anarquía. Reina Barrios no fue émulo del otro Barrios, porque no cometió ninguna de sus cruelezas; Idígoras no fue émulo de Ubico, porque no practicó ninguna de sus virtudes.

Estrada Cabrera.

Estrada Cabrera debe de haber comenzado sus sueños de poder desde el momento en que la Asamblea Legislativa, en sus sesiones de 1887, lo eligió primer Designado a la Presidencia. Un primer designado ambicioso y sin escrúpulos en nuestras democracias turbulentas es un terrible peligro para el presidente en ejercicio. A ello se debe que se busque con la intuición de Diógenes para ese puesto a hombres incapaces y mediocres. A la luz de un honrado patriotismo, el remedio estaría en buscar con esa misma intuición patricios idóneos, de reconocida honorabilidad y competencia, que fueran una garantía no sólo para el Presidente, sino para todos los guatemaltecos.

Aspirar al poder es legítimo. Sin esa ambición no habrían llegado a gobernar los grandes estadistas que han sabido acelerar en sus pueblos el ritmo del progreso, en consonancia con el ideal de Bolívar para quien "el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política". De esas tres sumas, Estrada Cabrera no se preocupó con las dos primeras; pero, en cambio, consagró todas sus habilidades a realizar la tercera hasta que el Partido Unionista le hizo despertar de sus sueños de autócrata. Fue la estabilidad de los lamentables veintidós años.

Momentos después del asesinato de Reina Barrios, se reunió el gabinete para resolver el problema de la presidencia vacante. Mientras discutían acerca de tan espinoso asunto, se presentó el Lic. Estrada Cabrera. Se ha dicho y repetido que lo hizo con aire autoritario y resuelto; pero el Lic. Batres Jáuregui, testigo ocular de la escena, lo desmiente. Con toda humildad, con estudiada humildad, les dijo: "Yo nada significo ni nada pretendo; pero si puedo ser útil a mi patria, quedo a la disposición de Uds. Si juzgan que como designado a la presidencia debo servir, estoy sin ambición alguna por lo que se dignen resolver"³. Los miembros del gabinete olvidaron en ese momento que los políticos como las mujeres, dicen no, aunque les abrase el deseo de decir sí; y, ante tanta mansedumbre, hicieron a un lado sus ambleones y se rindieron. Había entre ellos varios aspirantes a ocupar la vacante y por esa circunstancia no pudieron entenderse. De no mediar esa circunstancia, habrían alegado que Estrada Cabrera ya no era designado, pues los actos de la Legislativa a la que debió su nombramiento habían sido anulados. Aseguran que uno de los Ministros dijo: "Antes don Manuel que Feliciano". Y así comenzó la "estabilidad" de los veintidós años. La astucia suele disfrazarse de humildad y el nuevo presidente bastante conocía la psicología de los hombres.

(3) Antonio Batres Jáuregui, "La América Central ante la Historia". Vol. II.

Don Carlos Herrera.

Después de esa interminable estabilidad, llegó el gobierno fugaz de los veinte meses. Don Carlos Herrera era un buen hombre de negocios; por su mente ni en sueños había pasado la tentadora idea del mando.

Cuando los dirigentes del Partido Unionista pactaron con la Asamblea Legislativa de don Manuel para el derrocamiento de éste, ofrecieron la presidencia al Lic. don Mariano Cruz a la sazón Rector de la Universidad Nacional, que llevaba el nombre de "el dictador". En la casa de dicho Diputado se efectuaron juntas secretas entre líderes del Partido y de la Asamblea, en las cuales se concibió el decreto que declaró loco a Estrada Cabrera y lo destituyó de la Presidencia. A espaldas del Lic. Cruz y bajo cuerdas, el Lic. Adrián Vidaurre, diputado de la Asamblea, se entendió con los dirigentes del Partido. De dicho concilíabulo resultó que el sucesor de don Manuel fué don Carlos Herrera. El 9 de abril, cuando don Mariano Cruz esperaba en su casa a la comisión que llegaría por él para conducirlo a la Asamblea donde sería investido del poder, se enteró con sorpresa del fiasco que le habían dado. Don Carlos Herrera no era el hombre idóneo para el caso. La situación requería una firme voluntad, una mano experta y una honrada capacidad. Como siempre, se prefirió al hombre a quien se creyó fácil de manejar.

Los halagos del poder deben ser tan grandes y tan apetitosas sus prebendas, que tentan al más incorruptible. Don Carlos Herrera estaba obligado, si no comprometido, a apoyar al candidato del Partido Unionista, que lo era el Dr. Julio Blanchi. El Partido Demócrata, organizado a raíz de la caída de Estrada Cabrera, consciente de su inferioridad numérica y sin el prestigio del Partido que había iniciado y llevado a feliz término la lucha contra la tiranía, trastornó los planes del Unionismo al postular la candidatura de don Carlos Herrera, que internamente estaba en el poder. Y el hombre de negocios, inexperto, apocado, retraído, no se hizo de rogar y aceptó inmediatamente la candidatura que le ofrecieron los demócratas. Los Unionistas, con quienes compartía el poder, acudieron a él y al encontrarle firme en su resolución, sacrificaron a su candidato y se apresuraron a lanzar la misma candidatura del partido incipiente. Claudicaron ante el miedo de perder, renunciando a una lucha que, emprendida con arrojo y habilidad, pudo serles favorable. Creo que de ello se arrepintieron demasiado tarde.

Un gobierno iniciado así tenía que pasar sin brillo y sin gloria. Don Carlos Herrera llegó a la presidencia sin ningún plan. La carga que aceptó en días de un despertar inolvidable era superior a sus fuerzas. Los unionistas nunca le perdonaron "su traición"; pero no hubo tal trai-

ción. Su fracaso fue consecuencia de las circunstancias que hemos referido. Más que de él, fue de los unionistas.

Los militares.

Con la caída de Herrera les llegó el turno a los militares. El General José María Orellana era un militar limpio y correcto. Al servicio de Estrada Cabrera había desempeñado con prudencia y acierto los cargos de Director del Instituto Nacional Central de Varones y Jefe de la Plana Mayor Presidencial. No había tomado participación activa en las actividades del Partido Demócrata, que más tarde se llamó Liberal Federalista, pero un plan imprudente y fracasado del Ministro de la Guerra, Emilio Escamilla, de encarcelar a los Generales, llevó a éstos, a entrar no a las filas del partido sino a las de la conspiración. Unos pocos meses bastaron para caldear el ambiente. Cuando el liberalismo entró en la etapa final de su lucha, fue nombrado un Comité revolucionario integrado por dos civiles y dos militares: los Licenciados Bernardo Alvarado Tello y Adrián Recinos y los Generales Jorge Ublico y José María Orellana.

El gobierno de los Unionistas que se inició el 25 de diciembre de 1919 con la Hoja de los tres dobleces, como se llamó al primer manifiesto de su partido, se hundió en el ocaso el 5 de diciembre de 1921 con un sólo doblez. El Ministro de la Guerra, General Rodolfo A. Mendoza, que había sustituido a Escamilla después de su fracasado plan y que no era ajeno a la asonada, cuando después de un cañonazo disparado por la Guardia de Honor, los militares se presentaron al Presidente para exigirle caras nuevas y cambio de política, le dijo: "Si me ordena, los rompo"; pero don Carlos prefirió la renuncia. Y un trunvirato formado por los Generales Miguel Larrave, José María Orellana y José María Lima formó el nuevo gobierno.

Los cuatro miembros del Comité revolucionario eran los precandidatos del Partido para la presidencia; pero los dos civiles fueron eliminados. Los Generales firmaron un acta en el Ministerio de la Guerra, declarando que el cargo de Presidente debía ser ejercido por un General. Es probable que esa acta haya desaparecido y, con ella, el oprobio de un documento que atenta contra la libertad electoral y pone en evidencia la farsa democrática.

En las Convenciones departamentales del partido había triunfado en mayoría la candidatura del General Ublico; pero el propio Secretario de la Presidencia, Lic. Angel González impartió órdenes telegráficas, y sendas comisiones oficiales salieron a los departamentos que habían adoptado esa decisión para enmendar el entuerto. El General Orellana fue proclamado candidato en la Junta Magna del Partido y en el mes de marzo de 1922 fue investido con el ambicionado cargo.

El General Orellana.

Parco y humilde, pidió a la Directiva del Partido que escogiera a los hombres que deberían formar su gabinete. "Designen Uds. todos los altos cargos, les dijo, sólo me reservo, porque ya lo tengo ofrecido, el nombramiento de Cónsul General en Nueva York". Casi todos los actos de mayor significación durante los primeros meses de su gobierno, más que a él deben achacarse a sus ministros. Pronto surgió entre éstos una pugna motivada por las diferencias no disimuladas entre el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Adrián Recinos y el de la Guerra, General Jorge Ubico. Sólo cuando el General Orellana nombró nuevo Gabinete, sintió con fruición que él era el Presidente.

El General Orellana no era hombre de planificaciones. Disfrutar las delicias del mando, mejorar su patrimonio, y de paso, hacer algún bien a sus conciudadanos, fueron sus principales objetivos. Fue el gobernante que otorgó mayor número de concesiones onerosas. Tiene en su haber la creación de la Caja Reguladora, que más tarde hizo posible la creación del Banco Central y la conversión monetaria. El Ministro de Hacienda, don R. Felipe Solares, no tenía fe en la Caja Reguladora, y como tardara en presentar el proyecto de decreto que con ese fin se le había encargado, se presentó a su despacho un oficial de la Plana Mayor Presidencial para ordenarle que en el Consejo de Ministros del día siguiente debía presentarlo. Yo desempeñaba entonces el cargo de Subsecretario del referido Ministerio.

Para comprobar la realidad de los mencionados objetivos, señalaré solamente el primer peculado y el último anhelo de mando del General Orellana. Cuando don R. Felipe Solares abandonó el Ministerio en forma violenta, en virtud de los reiterados ataques que, hasta ilustrados con caricaturas, le hacía el diario "El Imparcial", me hizo entrega del despacho mientras el Presidente designaba su sustituto. Entre los expedientes que tenía en su despacho, me señaló especialmente uno iniciado contra la Casa Schwartz y Cía., por sus turbios manejos en un negocio con el gobierno que se llamó del Sindicado Americano. Se trataba de un reclamo contra dicha casa que ascendía a varios millones de dólares. Informado el Presidente de ese asunto por un empleado que quiso halagarlo, llamó a uno de los personeros de la firma, y, mediante la entrega de cuarenta mil dólares, ordenó que se archivara hasta nueva orden el expediente. El último sueño del General Orellana fue la reelección; pero la muerte, inesperadamente, llegó como un ladrón y trastornó sus planes. Un fin de semana salió para la ciudad de la Antigua, a pasar una noche de amor en el Hotel Manchén. Allí todos sus sueños se desvanecieron trágicamente. Murió envenenado,

victima de un crimen que se quedó en el misterio. Contra la opinión del sabio Doctor Rodolfo Robles, quien fue uno de los varios médicos que estuvieron presentes a la hora de la autopsia, los demás se negaron o no se atrevieron a ordenar el examen de las vísceras. Pocos meses después llegaron a la Aduana Central unos bultos conteniendo cromos. Eran los grandes carteones con el retrato del presidente fallecido en una de cuyas esquinas se ostentaba el simbólico quetzal de nuestro escudo. En esos días era yo Director del diario de oposición "El Día" y me llevaron uno de esos carteones que llegaron tarde a su destino. No tenía ninguna leyenda, pero es fácil adivinar la que le habrían puesto sin el repentino desenlace del Hotel Manchén.

El General Lázaro Chacón.

El General Lázaro Chacón era a la sazón Primer Designado a la Presidencia y Jefe de la Guardia de Honor. Muchos meses antes de la muerte del General Orellana, el Lic. Luis Beltranena y yo conversábamos con el Doctor José Matos en su casa, acerca de la sucesión presidencial. El Lic. Beltranena dijo estar seguro de que el próximo presidente sería el Lic. Adrián Recinos. A lo que yo repliqué: "El Lic. Recinos no llegará nunca a la presidencia". Tanto el Doctor Matos como el Lic. Beltranena me preguntaron: "Entonces, ¿quién será?" Con aplomo les respondí: "El General Chacón". Ellos se sorprendieron porque esperaban que yo les dijera que el General Ubico, pues demasiado sabían que yo trabajaba en favor de este. El Dr. Matos dijo: "Pero si ese hombre no tiene más méritos que pasar el día sentado, abriendo la boca en la puerta de la Guardia de Honor". Esa y no otra era la base de mi creencia. Por su nulidad fue escogido para Primer Designado y por ser Primer Designado en ejercicio del Poder llegó a la Presidencia de la República.

Cuando se emitió el decreto convocando a elecciones presidenciales, Ubico contaba con enorme mayoría el apoyo de la opinión pública. Sus adversarios se agruparon en torno al General Chacón como a una tabla de salvación. Viejos liberales y conservadores viejos se allaron para ganar, como ganan siempre los que en el poker de la política tienen en la mano los cuatro ases; pero sobre todo, el de oro y el de espadas.

La oposición llamó al General Chacón "el soldado desconocido". Cuando los hombres sedientos de libertad luchaban, bajo el señuelo del unionismo, desempeñaba el cargo de Mayor de Plaza en el Departamento de El Progreso, que fue el departamento donde con más saña se encarceló y torturó a los unionistas. Derrocada la dictadura, fue recluido en la Penitenciaría Central, junto con los mayores esbirros de la tiranía. No obstante, al llegar a la Presidencia hizo buenas migas con sus antiguos enemigos.

Solamente después de la fracasada revolución, que acaudillaron los Coronel Baudilio Santos y Mariano Casado, nombró un gabinete marcadamente liberal. El Lic. Recinos, quien ocupó la Secretaría de Relaciones Exteriores, me manifestó en su despacho que pronto presentaría su renuncia porque el país iba al desastre y no podía colaborar al lado de hombres como los Generales Juan B. Padilla y Rodolfo A. Mendoza. Y como me lo dijeron cumplió. El régimen se significó por sus malos manejos y desplazamientos. Llegó a su cuarto año con una deuda interna que sobrepasaba los ocho millones de quetzales. Chacón se hizo construir un palacete en la sexta Avenida con materiales que suministraba la Dirección General de Obras Públicas y adquirió un Chalet en San José Pinula que utilizaba para sus aventuras amorosas. Para granjearse el aprecio de la sociedad, inició conciertos semanales con la Orquesta Sinfónica Nacional para los que invitaba a diferentes grupos de personas, incluso a algunos de los que le habían adversado; en ellos se servía refresco de naranja y tenían más aspecto de velorio que de fiesta. Satisfecho con su palacete y convencido de su fracaso, pensó renunciar, dejando en su lugar al General Mendoza, mediante un permiso solicitado a la Asamblea Legislativa; pero enemigos de éste lo impidieron. Más tarde se preparaba a dejar en la presidencia al Lic. Alberto Paz y Paz, cuando un ataque de hemiplejia le impidió para continuar en el desempeño de su cargo.

Así terminó el régimen absurdo del "soldado desconocido". ¿Qué ideal pudo haber abrigado antes del momento estelar que le convirtió en sucesor de su jefe trágicamente desaparecido? ¿Qué pudo desear, cuando abría la boca sentado a la puerta de la Guardia de Honor? No es aventurado afirmar que habitó, tan sólo, en una casita de dos pisos y oír a su paso las maestuosas notas de la granadera.

Palma, Orellana y Andrade.

En la cronología de nuestros Presidentes, tres nombres separan los gobiernos de los Generales Chacón y Ubico. Tres flores o espinas de un día cuyo paso efímero no permite imaginar, con base en los hechos, cuál pudo ser su ideal de gobierno. Son el Lic. Baudilio Palma, el General Manuel Orellana y el Lic. José María Reina Andrade.

Baudilio Palma aspiraba a la presidencia. Había perdido el ascendente ante el General Chacón; y el Lic. Paz y Paz lo había ganado la partida. El General Manuel Orellana lo derribó con la asonada del Cuartel de Matamoros, el 16 de diciembre de 1930. El Jefe rebelde obedeció a la sugerencia que, por medio de una comisión de políticos liberales, le hiciera la esposa del presidente Chacón, incapacitado por su enfermedad. Ya encaramado en el poder, quiso que-

darse en él; pero el Embajador de los Estados Unidos logró, mediante la amenaza del no reconocimiento —con base en la terminante prohibición de la Ley Fundamental de la República y de los pactos de Washington en vigor—, que entregara el mando al nuevo designado, Lic. José María Reina Andrade. Este también tuvo la tentación de alargar su paso por la presidencia. Yo ya desempeñaba la Secretaría de Hacienda y me negué a efectuar varios nombramientos y a pasar a la Tesorería Nacional la suma de setecientos cincuenta mil dólares, última remesa que en esos días efectuó la Compañía sueca de Fósforos y que, conforme al contrato de empréstito, se destinaban a la fundación del Crédito Hipotecario Nacional, que ya estaba funcionando con las primeras remesas, aunque una ya le había sido escamoteada por las penurias del Erario. Una noche el Lic. Reina Andrade me llamó a su despacho para obligarme a cumplir esas órdenes. Ante mi negativa, me dijo: "Ustedes creen que yo no soy el Presidente y no saben lo que les puede pasar si madura un plan..." Afortunadamente, el plan no maduró y el 14 de febrero de 1931, el General Ubico fue investido con el cargo de Presidente de la República.

El General Ubico.

El General Ubico había nacido con el don de mando, rodeado de comodidades. Fue deportista desde niño, hijo de padre político, educado en ambiente político para el mando. En la Escuela Politécnica adquirió el hábito de la disciplina y su amor a ella; tenía un buen sentido administrativo, una fiebre de actividad, un espíritu analítico admirable, tacto y astucia, cualidades todas que le impulsaban al poder. Nombrado, en plena juventud, Jefe Político de Alta Verapaz y más tarde de Retalhuleu, ejerció esos cargos como un deporte en los que se empeñó en sobresalir. En dichos departamentos dejó obra material y los limpió de ladrones y criminales, como años después lo hizo en la Presidencia de la República. Su brillante campaña sanitaria, sobre todo en la erradicación de la fiebre amarilla en la costa Sur, mereció elogios del General Gorgas, médico militar de los Estados Unidos, quien dijo: "Qué buen presidente haría el Coronel Ubico".

Nuestro General deseaba el poder porque se sentía con arrestos de ejercerlo en beneficio de Guatemala, a la que, aunque a su modo, amaba entrañablemente. En algunos casos sus caminos fueron extravíados; pero puedo asegurar que siempre actuó con una recta intención. Rara virtud del General Ubico fue su amor por la verdad. Como candidato jamás ofreció lo que no estaba dispuesto a realizar. Como Presidente cumplió siempre lo que ofreció. No rehuyó responsabilidades; enemigo de farsas, nunca hizo alardes de democracia. Fue dictador sin máscara.

ra. Cuando conversábamos con él, muchos años antes de llegar a la Presidencia, se mostró siempre enemigo de la reelección a la que achacaba muchos de los males de nuestra historia. Haber dado de mano a esa convicción al final de su primer período fue su error capital.

Ningún presidente ha arribado al poder en condiciones económicas y financieras más desastrosas. Sin su mano fuerte y honrada, la suerte de nuestros pueblos durante la gran crisis mundial habría sido más amarga. El mismo día que se hizo cargo de la presidencia, en las primeras horas de la mañana, cuando aún no había recibido su cargo, envió circulares a los departamentos para evitar que los saldos en efectivo existentes en las Administraciones de Rentas fueran robados. Su caída no fue la de un despota, sino la de un patriota amargado. Su muerte fue la muerte plañosa de un buen cristiano. Saber morir es don que Dios otorga sólo a los que lo merecen.

Federico Ponce Vaides fue el sembrador que abonó los surcos de la revolución. Un grupo de ambiciosos incapaces, que creyeron les había llegado la hora del festín, le azuzaron para que se quedara en el poder. No se dieron cuenta que en el mar agitado de las pasiones se necesitaba una mano fuerte y capaz para empuñar el timón del Estado. La Constitución de la República cerraba el camino de la elección al designado en ejercicio. Sus amigos buscaban el modo de romper el nudo gordiano y pedían opiniones acerca del modo de burlar el precepto constitucional. Un abogado, experto en artimañas de la política, llegó a él y le dijo: "Lico, tu puedes resultar electo Presidente sin ser candidato", y esa fue la vereda escogida para llegar al poder; pero fue el camino que no sólo a él sino a sus amigos y consejeros y a muchas víctimas inocentes condujo al destierro. Las ametralladoras y los tanques del 20 de octubre le despertaron de sus dulces sueños presidenciales. Por los pocos días que estuvo en el poder podemos deducir que su ideal de niño mimado del poder era hacer de la primera magistratura de la nación un jolgorio rociado con "scotch whisky and soda".

El Coronel Arana.

Francisco Javier Arana, Jacobo Arbenz Guzmán y Jorge Toriello Garrido, tres nombres oscuros, fueron los líderes máximos de la revolución del 20 de octubre. Tuvieron el propósito de ser el poder detrás del trono, al enderezar los caminos para que llegara al Palacio Verde un guatemalteco renegado, el ciudadano argentino Juan José Arévalo Bermejo. Arana había entrado de alta al Fuerte de Matamoros en los días del General Ubico como soldado y se le destinó al puesto de caballerizo. Cuando los Estados Unidos nos hicieron el ingrato presente de unos tanques viejos, pero que para nosotros

eran nuevos, el General Ubico pidió al Ministro de la Guerra un hombre que por su insignificancia no ofreciera un peligro al entregarle el mando de la sección encargada de esas nuevas armas. El Mayor Arana fue elegido para el efecto. ¡Cuán fácil es equivocarse acerca de la temibilidad e insignificancia de los hombres! Cuando derribada la dictadura se desbordaron las ambiciones, el Mayor Arana comprendió que tenía en sus manos el aplastante argumento para hacerse árbitro de la situación. Es ignorado el hecho de que Arana, incapaz de actuar por sí solo, al primero que ofreció sus servicios para actuar con sus tanques en un cambio de la escena política, fue al caído Presidente Ubico, quien ni siquiera quiso tomarlo en cuenta. El segundo que recibió la oferta fue el Lic. Adrián Recinos, quien entró en temores de que fuera una celada del gobierno. Iguales temores tuvo el Coronel Ovidio Pívaral, quien recibió la tercera propuesta.

Jorge Toriello.

Jorge Toriello Garrido, impulsivo y audaz, no desperdicó la cuyuntura, y así llegó la alborada del 20 de octubre. Los jóvenes triunviros necesitaban un respaldo popular y con el fin de obtenerlo pactaron con la extrema izquierda, tras la que asomaba ya la figura voluminosa y desconocida del Dr. en Filosofía y Ciencias de la Educación, importado de la Argentina. Arana fue con sus tanques el factor decisivo de la revolución, pero Toriello era el hombre fuerte del triunvirato. En los primeros meses de la Junta revolucionaria se plegaban totalmente a la opinión autoritaria de Toriello sus dos compañeros de aventura. No conocían a los hombres ni tenían nociones de gobierno y de política. Eran como dos ciegos guiados por un tuerto, aunque detrás de Toriello había un grupo de abogados que no eran ciegos ni tuertos, pero su visión estaba ensombrecida por la pasión y el resentimiento. A medida que transcurrían los días la ambición de los tres se hacía más grande y los ojos de los ciegos comenzaron a abrirse. Arana, nombrado Jefe de las fuerzas armadas, era el sostén del gobierno y el único que podía derribarlo, porque el as de espadas es el triunfo. Como Gustavo Le Bon afirma, ninguna revolución puede triunfar sin la colaboración, al menos, de un sector del ejército⁴. Arana aspiraba a ser el segundo Presidente de la revolución y habría llegado a serlo; pero no compartía del todo, sino en parte, la ideología soviétizante de Arévalo y sus partidos izquierdistas. Para "despejar el horizonte político" dispusieron eliminarlo. El crimen del Puente Giorla es el asesinato político más ingrato, cínico y cobarde que se ha cometido en Guatemala. El 18 de julio de 1949 es la página más negra del socialismo espiritualista.

(4) Gustavo Le Bon. Psicología de las revoluciones.

Jorge Toriello era el hombre fuerte de la Junta revolucionaria; pero hay dos clases de hombres fuertes: los que construyen y los que destruyen, los que pasan por el poder haciendo el bien y los que pasan por él sembrando desolación y ruina. Toriello es de la estirpe de estos últimos. Don Manuel Cobos Batres en uno de sus manifiestos lo comparó con un potro salvaje. El destino le deparó un momento estelar, que desperdició torpemente. Si en vez de espina hubiera sido flor, habría tenido un brillante porvenir. Arévalo poco tiempo tardó para darle lo que en El Salvador llaman "patada histórica". En las elecciones municipales practicadas en la Capital en el año de 1958, la sociedad no lo quiso ni para Alcalde. El General Ubico, no veía con buenos ojos a los Toriello y ordenó que ningún negocio del Estado se hiciera con ellos, quienes entonces no eran políticos sino comerciantes. La única vez que conversamos en los días de Ponce, me dijo Jorge: "Estamos preparando un golpe y si todo sale bien no saldrá con vida ese hijo de...". No cabe duda que venganza y desquite fueron los móviles que impulsaron al ex triunvirio a escalar las alturas por la vía del cuartelazo.

Juan José Arévalo.

En las grandes fábricas de conservas de los Estados Unidos se utiliza un cabro manso, llamado "Judas goat" que, sin sospechas, lleve al rebaño al matadero. Juan José Arévalo Bermúdez fue el cabro manso escogido para llevar al ingenuo rebaño guatemalteco al matadero comunista. Cuando llegó a Guatemala, procedente de la Argentina, en los momentos en que el poncismo se empeñaba en quedarse en el poder, fui a visitarlo, porque, aunque parezca mentira, éramos amigos. Me dijo: "Dicen que yo no soy político; pero ya verán qué clase de político soy". La gran política era la política del cabro Judas, del cabro manso. Había sido instruido por el líder comunista Alejandro Lipschutz en Santiago de Chile a donde paseó en su viaje de regreso a Guatemala. Vino, mansamente, elogiando a liberales y conservadores; se autollamó "el candidato blanco"; se presentó como católico, miembro de una familia católica⁵. A los pocos días de su arribo al país, para festejar su cumpleaños, hizo celebrar una misa en la Iglesia de la Merced, a la que asistió fervoroso y devoto con toda su familia. Debe de haber pasado un mal rato en esa única misa de su vida, pero bien valía la pena el sacrificio para cumplir su misión de cabro manso. Tenía que llevar al pueblo católico de Guatemala al comunismo por el método de las aproximaciones sucesivas... Si en vez de decir: "Yo soy el candidato blanco", hubiera dicho: "Soy el candidato rojo", no le habrían seguido tantas señoritas aristocráti-

cas, ni tantas familias de rancia estirpe conservadora y hasta algunos sacerdotes. Con esa gran política, el rebaño guatemalteco cayó en la celada. Cuando los carneros de las fábricas olfatean la sangre, les invade el pánico pero es ya demasiado tarde. La sociedad de Guatemala también se dió cuenta demasiado tarde de lo que era en realidad el "socialismo espiritualista". Una y otra vez hicieron grandes manifestaciones en repudio de Arévalo y de los comunistas, y una y otra vez fueron disueltas por el puñal y por las balas.

Desde que volando sobre las azules aguas del Pacífico llegó a estas tierras, su ideal de gobierno fué hacer de la muy noble y leal Guatemala de la Asunción un paraíso rojo, poblado de mercenarios, demagogos y rameras, todos "estrellas de primera magnitud" con las "vitaminas íntegras"; limpiar, como lo ofreció en uno de sus discursos, la sexta avenida de "arañas babosas de caballo"; y quién sabe si también llevar a feliz término esa limpieza en las calles de Managua, Tegucigalpa y Ciudad Trujillo. Ya en su discurso de toma de posesión anunció insólitamente ante los representantes diplomáticos de esas naciones que él no podría sentarse a la mesa con sus dictadores. Grandiosos sueños, en verdad, que afortunadamente no pudo realizar sino a medias.

Con el rebaño ya amansado y diezmado, el papel de Jacobo Arbenz Guzmán era consolidar la obra del Dr. en Pedagogía y Ciencias de la Educación. Su espada de militar iba a coronar el edificio comenzado con la alta política y la pedagogía cimarrona de nuestro Maquiavelo del Caribe. En su discurso de toma de posesión, Arbenz se declaró discípulo y admirador de Arévalo, a quien comparó con Benito Juárez, Lázaro Chacón, Abraham Lincoln, Domingo F. Sarmiento, José Martí y Eugenio María de Hostos. A esas alturas, ya no se hablaba de socialismo espiritualista sino de marxismo a secas. Prensa, Partido y Escuelas comunistas existían sin tapujos. Arévalo fue nombrado Embajador sin sede, con tres mil dólares mensuales, entre sueldo y gastos de representación, fórmula revolucionaria para regalar los fondos de la Nación. De haberse cumplido los cuatro períodos presidenciales anunciados por él en uno de sus discursos, habría vuelto al poder después de un jugoso descanso de seis años para entregarlo de nuevo a Arbenz o a cualquier títere del preámbulo soviético. El "soldado del pueblo" llegó a su puesto con el ideal de cumplir la consigna internacional en un ambiente de espléndido jolgorio. Para ello, hizo construir un lujoso Bar en la Casa presidencial, sobre la 5^a Calle, contándose con el templo evangélico.

Castillo Armas.

Los aviones de la liberación pusieron fin al jolgorio. Arbenz, con voz temblorosa, casi llo-

(5) Juan José Arévalo. Discursos Políticos.

rando, leyó el discurso de su renuncia. Después de algunos combates e Incidentes, Carlos Castillo Armas hizo su entrada triunfal en la capital el 3 de Julio de 1954. Fue un desborde de Júbilo nacional; pero ese júbilo fue menguado a medida que transcurrían los días. El Impuesto de la liberación, que gravó todos los negocios y propiedades y que debe de haber producido varios millones de quetzales, le restó muchas simpatías. QUITÓ A LA LIBERACIÓN, —que había sido financiada generosamente por el Gobierno de los Estados Unidos—, su gesto desinteresado y patriótico. Servicio que se hace pagar con creces es servicio sin nobleza.

Castillo Armas siguió la carrera de las armas porque bien sabía que casi es el camino obligado para llegar al poder. El total desprecio de los dos regímenes soviétizantes, sobre todo después del asesinato de Arana, le dieron la oportunidad de conquistarlo. ¿Qué móvil le impulsaba? Podemos contestar que el ansia de poder y de las satisfacciones que brinda: con él se conquistan todos los placeres mundanos. Quiso convertir a Guatemala en país de pegazos y leopardos. Para los lectores que lo ignoran, debemos aclarar que los pegazos formaban una secta de expresidíarios que se proponen reformar el mundo. Se hacen tatuar el brazo y usan los tres puntos, el secreto y el juramento similar a los masónicos. Los leopardos eran algo así como guardias de asalto capitaneados por la Juila Quiñónez y prestaban servicios como espías de buena voluntad. El ejército de la liberación fue menospreciado y deshecho. La mañana del 2 de agosto, siguiente a la entrada triunfal, los soldados de la liberación mientras dormían apaciblemente en el edificio del Hospital Roosevelt, los cadetes de la Escuela Politécnica los rodearon y atacaron. A los principales cabecillas de ese acto alevoso, Castillo Armas, en vez de castigarlos conforme a la ley, los premió envolviéndolos a estudiar al exterior guerra de guerrillas y otras disciplinas militares. El pueblo de Guatemala contempló atónito en una tarde inolvidable desfilar al ejército de los triunfadores, a los guerreros de la liberación, desarmados y en la humillante posición de "manos arriba" frente al ejército de los vencidos, los militares de Jacobo Arbenz.

A pesar de los altos impuestos, incluso el de la liberación, y de los millones que recibió de los Estados Unidos, en calidad de préstamo y de regalo, no dejó más que la obra de El Trébol y dos edificios para escuelas.

Conclusion.

Nuestros gobernantes son, por lo general, estadistas, incapaces de realizar obra constructiva y duradera. Pasan sin dejar huella luminosa. Condición fugaz en el mundo de las espinas. Nacieron para herir sin llegar a comprender

que pueden realizar el Bien tomando sobre sí la corona de espinas de Jesús, por el amor y por el sacrificio, como la cruz puede convertirse en signo de victoria y de redención.

Los hombres que deshonraron el poder tuvieron doble tumba: La de la tierra en que se pudrieron sus despojos y la del corazón de sus conciudadanos donde es escarnecida su memoria. Will Durant hace notar que del cuadro que el historiador ve, así en el futuro como en el pasado, se desprende que hay una sola cosa cierta en la historia, que es la decadencia, así como hay una sola cosa cierta en la vida, que es la muerte⁶.

Napoleón, quien, al decir de Federico Nietzsche, es el hombre que más se ha acercado al superhombre, y es el genio militar que vivió días más aureolados de gloria mundana, en sus conversaciones con el General Bertrand en su cautiverio de Santa Elena, reconoció su miseria y confesó la divina perennidad del Rey de Amor, coronado de espinas. Es una página conmovedora de su diario que cierra brillantemente con las siguientes palabras, dignas de su genio: "Mi existencia brilló con todo el esplendor de la diadema y de la soberanía, y la vuesta, General, reflejó esta luz como la cúpula de los Inválidos reverbera los rayos del sol... Pero sobrevinieron los contratiempos, el oro desapareció poco a poco; la lluvia de desventuras y de ultrajes de que estoy saturado, lleva cada día consigo las últimas partecitas. No somos más que plomo, General, y bien presto no seré más que tierra. Tal es el destino de los hombres grandes: de César, como de Alejandro! ¡Caemos en el olvido y el nombre de un conquistador, el nombre de un emperador, quedan como tema de colegio! Nuestras empresas caen bajo la garra de un pedante que nos alaba o insulta a su capricho... Asesinado por la oligarquía Inglesa, muero antes de tiempo, mi cadáver será enterrado a la tierra para ser comida de gusanos... ¡He allí el próximo destino del gran Napoleón! ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno de Cristo, predicado, incensado, amado, adorado, viviente en todo el universo! ¿Esto es morir? ¿No es, acaso, vivir? Esa es la muerte de Cristo, la muerte del Hombre-Dios". El Emperador calló; pero como el general Bertrand no respondía, concluyó con esta frase verdaderamente napoleónica: "Si después de todo lo que he dicho, no podéis comprender que Jesucristo es Dios, yo os digo que me he equivocado al haceros general"⁷.

Dios podría decir también a muchos grandes de la tierra al entrar en la eternidad: "Me equívocué al haceros presidente"; pero Dios no

(6) Will Durant. *Mansiones de la Filosofía*.

(7) A. Arrighini. *Juicios humanos sobre Cristo*.

se equivoca ni puede equivocarse. De esas aparentes equivocaciones hace azotes de su Justicia. Como afirma Gustave Thibon, "no hay duda de que el mal desempeña una función sagrada, desde el momento que Dios lo permite".⁸ Qué irreparable desgracia irse para siempre, habiendo aumentado las lágrimas sin haber hecho nada por enjugarlas y hacer más humana la existencia. De nada sirve que la postrera adulación ponga falsos epitafios en las tumbas. Con sín-

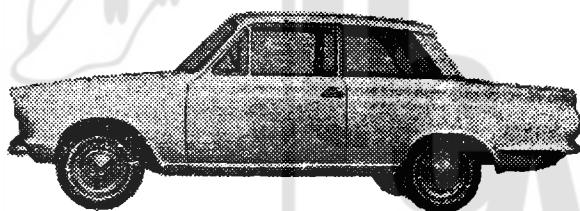
cera modestia, el poeta y dramaturgo Adelardo López de Ayala, quien padecía de una afección bronquial crónica, pidió, por todo epitafio, inscribieran en su tumba: "Ya no tose". En la de más de uno de nuestros gobernantes podría ponerse esta inscripción poco caritativa, pero lacónica y veraz: Ya no roba; y en la de otros: Ya no mata. O ambas a la vez.

(8) Gustave Thibon. Nietzsche o el declinar del espíritu



La revista "Estudios Centro Americanos" se complace en desechar a todos sus lectores, suscriptores y anunciantes unas felices fiestas de Navidad y un próspero año 1966.

Admire la nueva línea Cónsul



FORD CORTINA

Magnifica combinación de fuerza, robustez y amplitud, con capacidad para cinco pasajeros!

DISTRIBUIDORES:

COMERCIAL KEILHAUER, S. A.

Boulevard Ejército Nacional. Tels.: 3140-6300-3487